

BREVE HISTORIA DEL ROMÁNICO

Carlos Javier Taranilla



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia del Románico*

Autor: © Carlos Javier Taranilla de la Varga

Copyright de la presente edición: © 2016 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubierta: NEMO Edición y Comunicación

Imagen de portada: Iglesia de San Martín de Frómista (Palencia)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-781-1

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-782-8

ISBN edición digital: 978-84-9967-783-5

Fecha de edición: Marzo 2016

Impreso en España

Imprime: Exce Consulting Group

Depósito legal: M-2475-2016

Al hermoso icono de mi madre.

Índice

Prólogo	13
Introducción. Europa durante la Alta Edad Media o Edad de las Tinieblas	17
Capítulo 1. Los siglos del oscurantismo (ss. VI-VIII)	21
Un mosaico de pueblos bárbaros sobre el imperio <i>post mortem</i>	21
Los visigodos, «una querencia tengo por» Hispania	29
<i>Ora et labora</i>	45
Capítulo 2. Las artes prerrománicas en la Europa feudal (ss. IX-X)	49
Navidad del año 800	49
El feudalismo, una relación de dependencia	56
El terror al año 1000: el fin del mundo	61
El Sacro Imperio Romano Germánico	62

Capítulo 3. La reforma monástica y el prerrománico hispano	67
Cluny: reformarse o morir	67
Reconquistar Hispania	70
El asturiano, arte de la Reconquista	73
El mozárabe, arte de la repoblación	82
Capítulo 4. El Románico y su razón de ser	93
El mundo después del Siglo de Hierro	93
Románico o romance	95
Las construcciones románicas bajo la cúpula del cielo	99
En la penumbra, el canto gregoriano induce a la meditación	105
Capítulo 5. El Románico echa a andar (s. XI)	109
Los humildes inicios del arte Románico	109
Las artes plásticas al servicio de Dios	116
Una imagen vale más que mil palabras	118
Un mundo simbólico se apodera de las artes ...	124
Capítulo 6. Como una llama el Románico se propaga por Europa (fin. s. XI-1/2 s. XII)	137
Italia, Francia, Inglaterra, todas tienen prisa	137
El centro y norte del continente también se apuntan	154
La Querrela de las Investiduras: el báculo frente al cetro	159
«¡Dios lo quiere!»: primera Cruzada a Tierra Santa	162

Capítulo 7. La expansión por España a través de la ruta jacobea	169
La Ruta Jacobea	169
Otros centros de peregrinación en Europa	181
Se hace camino al andar	182
El largo y duro camino de la unión entre Castilla y León	194
Capítulo 8. El Románico pleno peninsular durante el siglo XII	199
Las órdenes militares hacen su agosto en España	199
La Escuela de Traductores en la ciudad de las tres culturas	201
El Románico, dueño del suelo ibérico	202
Capítulo 9. La época del Tardorrománico, con solución de continuidad (fin. s. XII-ppios. s. XIII)	233
Auge y fracaso de los cruzados	233
Las ciudades medievales renacen de sus cenizas	236
Vía libre a la Reconquista final	240
«Románico de ladrillo»: vientos de al-Ándalus lo arrastran	242
El románico de transición: la humanización de lo divino	245
Capítulo 10. Románico civil y militar	263
Puentes, hospitales, calzadas... todo para el peregrino	263
Murallas: guarda y custodia	264

La arquitectura civil urbana: un bien escaso	268
De la mota al donjon: es la guerra	271
Los «castillos de Dios»	272
Anexo. La iconografía románica	281
Escenas religiosas	281
Iconografía profana	301
Iconografía geométrica y vegetal	310
Escenas híbridas	321
Las inscripciones	312
El bestiario	313
Glosario	325
Bibliografía	345

Prólogo

No es fácil elaborar un libro sobre un tema tan amplio como el arte Románico y la época convulsa en la que tuvo lugar su nacimiento, desarrollo y término. Tiempos duros, de invasiones, calamidades, hambrunas y enfermedades, que se desataron sobre una población influida por la dureza del día a día y mediatizada por las supersticiones.

No se trata sólo de contar un estilo más en la sucesión de etapas que componen la Historia del Arte. Al contrario, el arte hay que incardinarlo en la sociedad que lo produjo. Y hablar de sociedad es hablar de todo, de todo sobre lo que se forma y sustenta el pensamiento humano.

Por eso, este libro de Carlos Javier Taranilla cumple una importante finalidad: enseña, con habilidad pedagógica –la que procede del ya largo ejercicio de su profesión docente–, todas las características y peculiaridades del estilo que se terminó llamando Románico porque empleaba los elementos característicos

del arte romano (el arco de medio punto y su proyección en el espacio: la bóveda de medio cañón), al igual que las lenguas derivadas del latín se denominaron romances.

Se dice que el científico descubre y el artista crea. Como un artista de los muchos que –la mayoría anónimos– crearon el que ha sido considerado primer estilo unitario de Occidente, el autor de este libro va hilvanando los capítulos del mismo para conducirnos, a través del entorno que rodeó a los creadores, por los caminos del arte Románico e ilustrarnos en el panorama histórico de la Alta Edad Media (desde el s. vi hasta fines del xii), para llegar hasta las estribaciones del arte Gótico, que comienza a alborear de la mano de la orden cisterciense.

Estamos ante un texto elaborado a conciencia por su autor, en un derroche de esfuerzo y documentación que ha creado, para los lectores, esta obra amena y rigurosa, ambiciosa en sus planteamientos y lograda en su ejecución, fácil de leer y de entender; un libro de cabecera para quien desee ampliar sus conocimientos por el puro placer de saber o para ilustrarse antes de iniciar cualquier ruta; por ejemplo, el Camino de Santiago. Si la lectura es uno de los pocos placeres eternos, este libro de Carlos Javier Taranilla no hace más que confirmarlo.

Un anexo dedicado a la interesantísima iconografía románica, tanto religiosa como profana, incluyendo el sorprendente capítulo del bestiario, con la colección de animales no sólo reales sino también fantásticos en alucinante teriomorfismo, además de las figuras impúdicas que parecen burlarse de los predicadores y del terror al Juicio Final, completa este libro, en el que no faltan un glosario de términos artísticos y una selección bibliográfica, ilustrado con abundante material gráfico, que incluye fotografías y planos de edificios.

No podemos pedir más. Estoy segura de que este trabajo de Carlos Javier Taranilla, en el que vuelve a combinar –como hiciera ya en su *Breve historia del Arte*– el ensayo histórico con el análisis estético, resultará también una referencia importante en la bibliografía sobre el Románico.

Marta Pastor
Directora de *Ellas pueden. Radio 5 RNE*

Introducción

Europa durante la Alta Edad Media o Edad de las Tinieblas

A partir de la caída del Imperio romano (476) se produjo en Europa occidental una ausencia de unidad tanto política como religiosa debido a las invasiones –hoy se considera más correcto hablar de migraciones– de los pueblos bárbaros, que se fueron asentando por el continente excepto en el área suroriental donde el Imperio bizantino (antiguo Imperio romano de Oriente) actuaba como barrera por su fortaleza militar, que se manifestó con el emperador Justiniano (s. VI) en la reconquista de la cuenca mediterránea, la cual volvió a convertirse en *mare nostrum*.

Así mismo, la ocupación de la península ibérica por parte de los musulmanes, a partir del año 711, supuso la

entrada en contacto de civilizaciones muy dispares que, con el tiempo, terminarían produciendo una fecunda síntesis cultural.

El término Edad Media quedaría fijado en la escuela protestante alemana del siglo xvii con Christobal Keller a través de la voz *Mittelalter*, conociéndose como Alta Edad Media su primera parte, es decir, la más lejana a nuestro tiempo.

Habiendo sido calificado este período de oscurantista –Edad de las Tinieblas–, no podemos mantenerlo en su totalidad, ya que, como veremos, el saber continuó vivo en las escuelas monásticas, donde, además del protagonismo que cobraron los textos religiosos, también se tradujeron y trabajaron obras antiguas.

En ese mundo inestable e inseguro la religión se convirtió en un referente constante tanto para la sociedad como para las creaciones artísticas y culturales, siendo la Iglesia la principal promotora de unas manifestaciones cuyo principal cometido era dar forma visual a las narraciones de los textos sagrados. Hasta la arquitectura civil, escasa y secundaria, se vio supeditada, como más adelante veremos, al arte religioso y, respecto al patrocinio privado, prácticamente no se ha conservado ningún resto destacable.

Esta época, que se sitúa entre la caída del Imperio romano de Occidente y el inicio de la Baja Edad Media en el siglo xii –llamada así en el sentido de «reciente», por oposición a la Alta, del alemán *alt*: ‘viejo’, ‘antiguo’–, constituye un largo período de tiempo en el cual el único aglutinante culturalmente hablando lo constituyó el arte denominado Románico, que se extendió por amplias zonas del centro, norte y oeste de Europa de la mano de la Iglesia con la aquiescencia de los poderes políticos (el rey y la nobleza), a quienes convenía la sumisión y el temor que propagaba. El Románico, pues, no fue sólo un

arte religioso, sino también aristocrático, expresión de la superioridad de los dos estamentos que ocupaban la cima de la pirámide social: nobleza y alto clero. Ambos fueron los promotores del arte, que, de este modo, cumplió dos funciones: ilustrar a los analfabetos y ensalzar a las clases dominantes para dejar asentado que aquel poder teocrático se ejercía por delegación divina, constituyendo, pues, las manifestaciones artísticas un instrumento propagandístico al servicio de los poderosos, mientras en una nueva Europa, surgida de las cenizas de Roma, iban forjando su futuro las nuevas naciones.

1

Los siglos del oscurantismo (ss. VI-VIII)

UN MOSAICO DE PUEBLOS BÁRBAROS SOBRE EL IMPERIO *POST MORTEM*

A lo largo del siglo III, el Imperio romano atravesó una serie de crisis políticas –toma del poder por las legiones, que proclaman a los emperadores–, económicas –escasez de mano de obra esclava–, sociales y religiosas debido a la rápida extensión del cristianismo, que va imponiéndose sobre la religión pagana, especialmente entre las clases populares, socavando las antiguas estructuras –culto al emperador–. Con la promulgación del Edicto de Milán (313) por el emperador Constantino dejará de estar proscrito, siendo durante el reinado de Teodosio cuando se reconoce como la religión oficial por el Edicto de Tesalónica (380). Precisamente, este mismo emperador, debido a la enorme extensión del Imperio, que lo hacía ingobernable desde Roma, mandó dividirlo a su muerte

(395) en dos: Imperio romano de Occidente con capital en Roma, para su hijo Honorio, e Imperio romano de Oriente con capital en la ciudad de Constantinopla, futura Bizancio, para su hijo Arcadio. La línea divisoria imaginaria cortaba verticalmente el *mare nostrum* entre las penínsulas itálica y balcánica.

Dichas dificultades se acentuaron con la presión que ejercían los pueblos bárbaros —término de origen griego que significa ‘extranjeros’, no «feroces» como a veces se cree— sobre las fronteras o *limes* del Imperio, que lograron traspasar en más de una ocasión, viéndose Roma obligada a admitirlos como pueblos *federatii* (‘aliados’) que combatían en sus propias filas.

Como una ola

En el año 406 se produce la primera gran oleada invasora a causa del empuje de los hunos, tribu nómada procedente de las estepas asiáticas que encarnaba la auténtica barbarie, con cuyo caudillo, Atila, sembraron el terror en Europa hasta que fueron derrotados definitivamente por una coalición de visigodos y romanos, dirigida por Aecio, en la batalla de los Campos Cataláunicos (o Campos Mauriacos), en el año 451, muriendo el propio Atila al poco y desapareciendo la horda de la escena europea.

La presión ejercida por los hunos hizo que se vieran obligados a penetrar en el Imperio diversos pueblos germanos a lo largo de los primeros años del siglo v: vándalos, alanos y suevos cruzan el Rin, atraviesan la Galia y entran en la península ibérica, pasando al norte de África los primeros con su rey Genserico mientras los otros terminarán siendo absorbidos o expulsados por los visigodos, quienes después de precipitarse sobre Italia, donde llevaron a cabo el saqueo de Roma en el año 410,

ocuparon el suroeste de la Galia para terminar asentándose en Hispania, como luego veremos.

Burgundios, francos, bávaros, alamanos y otros pueblos de raza germana —único factor que puede considerarse común en todo este mosaico de tribus— traspasan también las fronteras del débil Imperio y se van asentando, a lo largo de este siglo y el siguiente, por los territorios en los que con el tiempo se formarán las naciones que tomarán de ellos el nombre: los burgundios en Borgoña; los francos, en la antigua Galia, que pasará a denominarse Francia; bávaros, en Baviera; alamanos, al este, en parte de la futura Alemania; sajones en Sajonia, lombardos en la Lombardía; anglos en la futura Inglaterra, antigua Britania; escotos en Escocia, jutos en Jutlandia (hoy Dinamarca), etcétera.

Los godos, procedentes de Gotland, al norte del continente, se habían dividido en dos ramas: godos del oeste o visigodos y godos del este u ostrogodos, quienes invadieron la península itálica seguidos por otras pequeñas tribus como la de los hérulos. Un cabecilla de estos, Odoacro, tomó en Roma las insignias imperiales y se las envió al emperador Zenón de Constantinopla, haciendo constar así que el poder en Roma había dejado de existir. El último emperador, Rómulo Augústulo, un niño de tan sólo doce años, curiosamente llevaba los nombres del fundador legendario de la Urbe y del instaurador del Imperio.

Asentados en la futura Italia, los ostrogodos se caracterizaron, en el terreno artístico, por la elaboración de piezas a base de materiales toscos, propio de pueblos acostumbrados a una vida ruda e inhóspita. Destacaron como todos los bárbaros en el trabajo de la orfebrería, dejando espléndidas muestras como la fíbula aquiliforme de Domagnano, hoy en el Museo de Núremberg.



Mausoleo de Teodorico en Rávena, construcción de planta central poligonal (decágono) cubierta con falsa bóveda formada por una gran losa de mármol en la que se observan las grandes asas que sirvieron para disponerla sobre el edificio.

Fascinado por la cultura romana, el rey Teodorico (493-526) se rodeó en la ciudad de Rávena, donde tuvo su corte, de poetas y sabios como Boecio y Casiodoro. Procurando emular las obras antiguas, mandó levantar el Baptisterio de los Arrianos y su propio Mausoleo (año 520) de planta decagonal cubierta con falsa bóveda consistente en una gran losa a modo de tapadera en la que se observan las grandes asas que sirvieron para disponerla sobre el edificio.

A su muerte el reino ostrogodo se desmoronó por una serie de luchas internas entre católicos y arrianos, así como ante el empuje de los bizantinos, cuyo emperador Justiniano, pretendiendo restaurar el antiguo Imperio romano, conquistó la mayor parte de la península itálica.

En la segunda mitad del siglo VI los lombardos penetran por el norte en el territorio italiano y van ocupándolo progresivamente, a lo que contribuyó su conversión al cristianismo en el año 600 con el papa Gregorio I. A

finés del siglo VIII fueron derrotados por Carlomagno. Artísticamente, junto a algunos relieves en piedra, destacaron en la orfebrería dominando la técnica *cloisonné* ('tabicado'), siendo el mejor ejemplo la cubierta para el libro que la reina Teodolinda ofreció a la basílica de San Giovanni de Monza.

Los francos en franca hegemonía

También los francos, al norte del río Somme, destacaron en el trabajo de los metales, como se puede observar en el tesoro del rey Childerico (inhumado en 481), obra en oro y granates engarzados en *cloisonné*.

La conversión al cristianismo de su hijo Clodoveo (481-511) y la conquista de toda la Galia tras vencer a los alamanos en Tolbiac (496) y a los visigodos de Alarico II en Vouillé (507), dejaron el terreno franco (nunca mejor dicho) para el desarrollo en la Galia durante el siglo VII de la civilización merovingia —así llamada en honor al fundador de la dinastía, el rey Meroveo, padre de Childerico—. En el campo de la orfebrería destacaron en la elaboración de fíbulas, como la de la princesa Wittislingen, del siglo VII, realizada en oro y piedras preciosas. Abundan también los relicarios en forma de casa o sarcófago, así como vasos litúrgicos y frontispicios de altares. La influencia de la Antigüedad se dejó sentir en los relieves de algunos capiteles y, sobre todo, en la edificación del actual baptisterio de San Juan de Poitiers, que cuenta con un nártex a la entrada y un ábside poligonal rematando la cabecera, así como con un frontón triangular de estilo clásico coronando el edificio.

A su muerte, Clodoveo dividió el reino entre sus cuatro hijos, aunque Clotario I logró imponerse a los demás y unificó de nuevo el territorio. Pero, también al morir, volvió a repartir los dominios entre su descendencia,



Baptisterio de San Juan de Poitiers, coronado con frontón triangular por influencia clásica, que también se aprecia en la decoración geométrica. Construido en el siglo V, fue transformado en el VII en un edificio de planta cruciforme, rematado con un pequeño ábside semicircular.

con lo que nuevamente tuvo lugar la fragmentación del Imperio, esta vez sólo en dos reinos: Austrasia al este y Neustria al norte y noroeste, produciéndose una serie de interminables luchas fratricidas a las que siguió el período conocido como de los Reyes Holgazanes, inaugurado por Dagoberto I (629-639) –de cuyo tiempo es la cripta de Jouarre– y caracterizado por el abandono de los asuntos de Estado en los mayordomos de palacio. Uno de ellos, Pipino de Heristal, unificó los dos reinos citados en el año 687 y fue nombrado Duque de los Francos. Su hijo, Pipino el Breve (752-768) –llamado así por su escasa estatura–, tras deponer a Childerico III, instauró la dinastía carolingia.

Los celtas de san Patricio

En la cercana Irlanda se desarrolló un foco artístico durante los siglos VII y VIII, en el que los celtas, evangelizados por san Patricio, destacaron en la realización de cruces de piedra monumentales, que reciben el nombre del santo, dispuestas sobre basas en forma troncopiramidal y decoradas con escenas abstractas (lacerías) y evangélicas, rodeadas en la intersección de los brazos por un círculo que se identifica con el sol o la luna.

La arquitectura en piedra de influencia romana fue sustituyéndose por obras en madera –los monjes eran buenos leñadores–, que no han llegado más que reconstruidas hasta nosotros. Destacaron de manera especial sus altas torres, generalmente de sección cuadrada (también se edificaron algunas circulares) que servían de refugio frente a las invasiones normandas. Las iglesias más destacadas son Saint Kevin y Saint Mary in Castro.

Sus mejores labores se dieron en la miniatura, donde se explotó la decoración abstracta vegetal y geométrica fusionando las influencias orientales con la estética germana, la vikinga y el sustrato celta, lo cual se manifestó también en la orfebrería, introduciéndose la figura humana a partir del siglo VII con los monjes de san Benito, defensores de las imágenes en su cristianismo de base romana.

Las principales obras miniadas son los evangelarios de Kells, Durrow y Lindisfarne. De este último, la página más llamativa es la que representa el anagrama de Cristo, cuyas letras se hallan decoradas con motivos geométricos a base de espirales, lazos y entrelazos. El anterior fue realizado en el monasterio de Durrow, del que toma el nombre; destacan en él sus páginas enteramente decoradas –páginas tapiz– con motivos zoomorfos y geométricos, además de la representación de los cuatro evangelistas, apreciándose

la influencia de las técnicas del trabajo de los metales e incluso del vidrio romano: *millefiori*. Mayor abundancia de páginas tapiz registra el libro de Kells, un conjunto de manuscritos elaborado a principios del siglo IX en este monasterio irlandés y en el escocés de Iona; contiene los textos e imágenes de los cuatro evangelistas y se observa *horror vacui* en la mezcla de adornos geométricos con abundante temática animalística: insectos, ratones, gatos, nutrias en la pesca del salmón..., muestra de la idiosincrasia irlandesa.

Los «dragones» vikingos

Más al norte, los pueblos escandinavos, que no tomaron parte en la aniquilación del Imperio romano, desarrollan, a fines del siglo VIII, su propia expansión cultural tras las oleadas invasoras de la centuria anterior, distinguiéndose tres naciones: daneses, noruegos y suecos, si bien en occidente fueron conocidos en conjunto como vikingos, o normandos a partir de su establecimiento en la Normandía francesa. En Rusia se les llamaba *rus*, que significa 'suecos'. El vocablo «vikingo» procede de la expresión *vik*: 'fiordo' ('bahía estrecha'), porque en ellos permanecían resguardados con sus *drakars* ('barcos dragón') de remos y velas cuadrangulares para lanzarse al abordaje sobre las embarcaciones que navegaran por la ruta marítima del Norte, que llegaba hasta el mar Blanco, en la costa noruega.

Al haber sido construidas en madera apenas se conservan restos arquitectónicos de sus fortalezas (Telleborg, Aggesborg, al sur de Dinamarca), siendo la orfebrería, como ocurre en los pueblos menos civilizados, su mejor muestra artística. Las piezas se caracterizaron por una decoración geométrica y zoomorfa muy estilizada, afilegranada, hasta el punto de hacerse prácticamente

irreconocible el motivo. Destacaron en el trabajo ornamental de las armas (escudos, empuñaduras de espadas, puñales y lanzas) así como en la elaboración de adornos y abalorios: broches, alfileres, fíbulas, collares, arracadas, generalmente en bronce aunque también se realizaron en oro y plata adornados con piedras preciosas; representan a menudo animales fantásticos entre los que descuella el dragón, al que profesaban gran respeto: «su aliento abrasa los escudos, pero su sangre, si alguna vez se prueba, concede la sabiduría», según una supersticiosa creencia; su cabeza lucía en las proas de los *drakars*.

Destacaron igualmente en el arte textil y en el trabajo de lo que hoy conocemos como ebanistería; por ello, en alguna tumba –la de la reina Asa de Oseberg, siglo IX– se ha hallado, junto a un rico ajuar funerario, un *drakar* completo.

Se conserva también el Codex Runicus, que consta de anotaciones musicales y signos a base de líneas rectas denominadas *runas*, del término *run* ('misterio'), porque, según la leyenda, con su conocimiento el dios Odín alcanzó el saber oculto; enrojecidas con sangre, tanto en madera como sobre piedra, metal o hueso, se empleaban en los sacrificios y rituales y con ellas se elaboraron las letras de su alfabeto, el *futhark*, cuyo nombre procede del sonido de las seis primeras runas: *feh* (‹riqueza›), *ur* (‹fortaleza›), *thurs* (‹camino›), *ass* (‹señales›), *reid* (‹viaje›); y, *ken* (‹apertura›).

LOS VISIGODOS, «UNA QUERENCIA TENGO» POR HISPANIA

Los visigodos se establecieron en lo que hoy es Transilvania, pero presionados por los hunos traspasaron las fronteras del Imperio y Roma no tuvo más remedio que admitirlos

en sus dominios con el rango de *federatii*, asentándose en la margen derecha del Danubio en el 376.

Sublevados contra el emperador Valente, lograron vencerle en la batalla de Adrianópolis (378), en la que este perdió la vida. Sin embargo, al subir al trono Teodosio el Grande (379-395), después de un breve período de luchas, se acordó la paz y recibieron tierras en las provincias de Tracia y Mesia además de asignárseles un papel importante en el ejército romano.

Al morir Teodosio –el «Adorador de Dios», reza su nombre– el Imperio, que como ya hemos dicho se había dividido en Oriente y Occidente, estaba regentado, debido a la escasa edad de los respectivos emperadores (Arcadio y Honorio, de once y doce años), por dos jefes bárbaros –mostrando la debilidad de Roma–: un ostrogodo llamado Rufino en Roma y el vándalo Estilicón en Constantinopla. Este propuso un pacto a Alarico, el nuevo caudillo visigodo, nombrándole *magister militum* –jefe del ejército– de Iliria y concediéndole tierras allí a cambio de abandonar Grecia, que ya había ocupado.

Poco después, los visigodos entraron en la península itálica y, en el año 410, saquearon Roma, incapaz de contenerles. Luego se dirigieron al sur y ocuparon Sicilia con la intención de atacar el norte de África, principal punto de abastecimiento agrícola romano. Fallecido Alarico, su sucesor, Ataúlfo, pactó en 412 la salida de Italia a cambio de la concesión del gobierno de la Galia y volvieron a federarse con el Imperio.

Ataúlfo deseaba terminar con Roma y formar un Imperio godo, para lo cual se casó con Gala Placidia (hermanastra de Honorio), simbolizando así la unión con la tradición romana; pero fue derrotado en Narbona. Entonces, los visigodos se encaminaron hacia el norte de Hispania y entraron en la Tarraconense en el 415. Asesinado este caudillo por un tal Sigerico, que fue

también asesinado a los siete días, le sucedió Walia, el cual, después de intentar el paso a África, se alió de nuevo con Roma mediante un *foedus* o tratado de amistad, pactando en 418 su asentamiento en la provincia de Aquitania Segunda, al sur de la Galia, donde fundaron un reino con capital en Tolosa (actual Toulouse) que se extendía a ambos lados de los Pirineos.

Desde allí fueron penetrando en España en varias oleadas sucesivas, siendo la más importante la del año 450 para frenar una expansión de los suevos, que ya hacia 407-409 habían ocupado Gallaecia, en cuya zona meridional se hallaban los vándalos asdingos, mientras los silingos se habían asentado en la Bética y los alanos hacia el oeste de la meseta, en 409. Curiosamente, para los árabes, el primero de estos pueblos será el que dé nombre a la Península: al-Ándalus: «tierra de vándalos».

Los visigodos masacraron a alanos y vándalos, expulsando sus restos al norte de África, y fueron absorbiendo a los suevos. En el 451 su participación fue decisiva, junto a las legiones de Aecio, en una coalición con otros pueblos bárbaros (francos, alanos, burgundios) para derrotar a los temibles hunos de Atila en la batalla de los Campos Cataláunicos, cerca de Mauriac (Francia).

Durante el reinado de Eurico (466-484) rompieron el *foedus* de Walia y completaron la conquista de Hispania ocupando varios puntos (Astorga, Oporto, Lugo) del reino suevo, cuya capital estaba en Bracara (Braga, Portugal). Este rey fue famoso por compilar leyes godas y romanas en el código del año 475 que lleva su nombre.

Eurico murió en 484, sucediéndole su hijo Alarico II, quien intentó perfeccionar la labor legislativa de su padre con la promulgación en el año 506 del Breviario que también lleva su nombre, una compilación de leyes romanas, por lo que se conoce con el nombre de *Lex Romana Visigotorum*. Derrotado en la batalla de Vouillé

(507), cerca de Poitiers, por Clodoveo, rey de los francos, perdió todas sus posesiones allende los Pirineos excepto la Septimania o Galia gótica. Unos ciento cincuenta mil visigodos se trasladaron a Hispania, instalando su capital en distintos lugares (Barcelona, Sevilla) hasta que definitivamente quedó establecida en *Toletum* (Toledo).

Todo el poder para Toledo, capital del primer Estado nacional hispano

Durante el reinado de Leovigildo (568-586) se produce la unificación territorial de la península ibérica con la incorporación del reino suevo, siendo confinados en las zonas marítimas los bizantinos que se habían instalado en el sur y levante peninsular bajo el reinado de Atanagildo. Aquí protagonizaron un foco importante de influencia religiosa y cultural, no siendo expulsados hasta los tiempos del rey Suintila, en 625.

Leovigildo logra dominar una rebelión de los vascos y funda *Victoricum* (Vitoria) en 581. Fija la capitalidad definitivamente en Toledo, donde ya se había instalado su antecesor, y crea una corte a imitación de Justiniano (*imitatio imperii*) con todo el ceremonial, invistiéndose de solemnidad, portando ante la genuflexión de los súbditos los símbolos del poder: diadema, cetro, trono, espada, manto, protocolo en el cual participa también la Iglesia.

En ese deseo de imitar al emperador bizantino, acuñó moneda de oro con su propio nombre y elaboró un código de leyes (Codex Revisus) que se ha perdido, el cual hubo de influir en el posterior Fuero Juzgo de Recesvinto, en el que se otorgó la autorización de matrimonios entre godos e hispanorromanos. En su reinado se dio la dualidad religiosa –católica y arriana–, que originó conflictos. Así, la esposa de su hijo Hermenegildo, de procedencia franca,

como profesaba el catolicismo, provocó el enfrentamiento de su esposo con el rey, que derivó en una rebelión en la Bética, donde gobernaba el matrimonio, lo cual parece explicar el presunto martirio de san Hermenegildo, es decir, que la muerte de este tuvo una motivación política.

Su sucesor, Recaredo (586-601), antes de tomar la corona ejercía como *dux* en Cantabria, con jurisdicción sobre gran parte de la franja cantábrica, de donde puede proceder la tradición de asignar el Principado de Asturias a los herederos del trono en España. Con él se produjo la unificación religiosa; se abandonó el arrianismo y el reino se convirtió oficialmente al catolicismo durante el III Concilio de Toledo (8 de mayo del año 587). En realidad fue un gesto político con el objetivo de ganarse al clero bajo, muy en contacto con el pueblo, mayoritariamente católico, buscando con ello el apoyo de la Iglesia para la monarquía. Al concilio acudieron, convocados por el rey, obispos de la Galia y Gallaecia, siendo sancionadas las decisiones por decretos reales.

La figura principal fue san Leandro, obispo de Sevilla, que visitó Constantinopla y Tierra Santa, hermano del Doctor de las Españas, san Isidoro, que le sucederá en la sede hispalense.

San Isidoro (560-636) protagoniza el IV Concilio (633), en el cual se fortalece la autoridad regia a través de la sacralización del monarca, cuya legitimidad deriva de la idea de que es el ungido del Señor, pero se le exigía que gobernara de acuerdo a su fe cristiana. Se impuso el principio de «eres rey si obras bien; si no obras bien, no lo eres», es decir «*rex eris si recte facias; si non facias non eris*» (Etimologías, IX, 3, 4), es decir, si el monarca no es recto en su proceder queda depuesto.

Asimismo, se pronunció el *Anatema contra el morbo gótico* o la excomunión del regicida (práctica enraizada entre los visigodos) y se reguló la sucesión al trono de



Corona votiva del rey Recesvinto en oro y piedras *cloisonnés*. Destinada para estar colgada en un templo, en sus letras pendientes puede leerse: *Recesvinthus rex offeret* ('Recesvinto me ofrendó'). Tesoro de Guarrazar (s. VII). Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

manera electiva por nobles y obispos, siendo elegibles únicamente miembros de la nobleza de raza goda.

El rey Recesvinto (649/653-672), que hubo de dominar una revuelta en el valle del Ebro para comenzar su reinado, convocó en 654 el VIII Concilio de Toledo, importante porque en él se reguló de nuevo el modo en que había de elegirse al rey, siendo los nobles palatinos y los obispos quienes debían aprobar el nombramiento en el lugar donde hubiera fallecido el monarca, que será ungido en Toledo, prohibiéndose que el ejército proclame al rey.

Ese mismo año se impuso la ley común a ambos súbditos, godos e hispanorromanos, que hasta entonces habían vivido bajo diferentes disposiciones legales, mediante un único Código de Derecho, el *Liber Iudiciorum* (bautizado tres siglos más tarde como *Fuero Juzgo*), basado en la revisión que Leovigildo había hecho

del código de Alarico además de las leyes promulgadas desde Recaredo.

Los años de paz de Recesvinto concluyeron con él porque a su muerte los nobles del Aula Regia eligieron sucesor a uno de ellos, Wamba, mientras el rey había determinado como heredero a Chindasvinto. Se desatan así a finales del siglo VII las luchas internas por el poder entre dos grandes ramas de la nobleza y el clero. Además, la crisis social y económica llevó al reino visigodo a una situación límite.

El rey Wamba (672-680) combatía a los vascones en el norte de la Península cuando surgió una nueva rebelión en la Septimania y, aunque consiguió apaciguarla, fue depuesto en extrañas circunstancias. Las contiendas se generalizaron durante los reinados de Égica y Witiza.

Cuando el rey Rodrigo (710-711), o Roderico, aupado por la nobleza visigoda, alcanzó el trono, sus rivales –los partidarios de Witiza– llamaron al musulmán Táriq ibn Ziyad, lugarteniente de Muza, quien desembarcó en el futuro Gibraltar (del árabe *Jab al-Tariq*: ‘Montaña de Tariq’), a finales del mes de abril del año 711 y en julio, el día 19 (domingo 28 de Ramadán del año 92 de la Hégira, según el cronista musulmán Al Himrayi), logró derrotar a Roderico a orillas del río Guadalete, cerca de Medina Sidonia (Cádiz), iniciando la rápida conquista del reino.

El episodio dio lugar a la leyenda de Florinda la Cava →mala mujer, en árabe–, una de las más famosas del romancero español en sus distintas versiones. Desde un torreón junto al río Tajo, en Toledo, cuentan que don Rodrigo vio bañarse desnuda a la bella hija del conde don Julián. La joven «abrasole» al monarca, que acabaría por forzarla: «Florinda perdió su flor, el rey padeció castigo», canta el Romancero, que achaca a este ultraje el posterior desastre en la batalla de Guadalete y el fin del reino visigodo: «De la pérdida de España / fue aquí funesto principio».

El conde Olián (don Julián, según la leyenda), gobernador de Ceuta, había enviado a su hija (también se dice que era su sobrina) a la Corte de Toledo para ser educada; allí cuidaba del rey, enfermo de sarna, limpiándole con un alfiler de oro. Éste se prendó de ella, por eso otras versiones dicen que fue el monarca quien envió al padre de Florinda al norte de África para alejarle de sus intenciones. El caso es que terminó por forzarla, si bien siempre mantuvo lo contrario: «Ella dice que hubo fuerza; / él, que gusto compartido».

Informado de la humillación, cuenta la leyenda que don Julián, en venganza, facilitó la entrada en la Península de las tropas árabes proporcionándoles naves para cruzar el Estrecho.

Entre el año 716 y el 725, los musulmanes conquistan la Septimania, última provincia visigoda, inaugurando el período islámico en la historia de España.

Sociedad, economía, política y el Doctor de las Españas

En la sociedad hispano visigoda se diferencian fundamentalmente dos grupos: los invasores y los autóctonos. Entre los primeros hay que distinguir varias clases; la más alta eran los *primates* o *seniores*, en la que se encuadra la nobleza, aliada con los grandes terratenientes, que goza de un status especial ante la ley; dentro de ella se hallan los *gardingos* (nobles vinculados al rey) y los *fideles*, de cuyo nombre se infiere una relación especial con el monarca.

En un lugar intermedio se encuentran los *ingenuis*, gente libre, *mercatores*, *rustici*, que buscan la protección de los grandes. En un rango inferior están los no libres adscritos a la tierra (siervos, cautivos), destinados a cultivar los campos del señor a cambio de su protección. Aún

debajo, los no libres no adscritos a la tierra: siervos y esclavos. Otro escalafón social lo ocupaban los *libertos*, ligados a sus antiguos dueños en relaciones de dependencia sobre todo militar.

Al lado de estas clases sociales todavía se encuentran judíos, vascones, bizantinos y francos. Son núcleos cerrados que no permiten interferencias de otros grupos. Los primeros estaban como siempre discriminados: en el 633 (IV Concilio de Toledo) se estableció que no podían ostentar cargos públicos. En el Fuero Juzgo se les prohibió bautizarse.

La economía, eminentemente agraria, era cerrada, autárquica, centrada en las explotaciones señoriales y la perduración de algún comercio interior, además de ciertas importaciones de productos de lujo llevadas a cabo por los *transmarini negotiatores* ('negociantes ultramarinos'), principalmente sirios y judíos.

Los mercados más concurridos estaban en torno a alguno de los núcleos importantes, como Zamora, Toledo, Palencia o León. Existió una fiscalización de los precios y se señalaron impuestos o tasas sobre el tráfico de mercancías denominados *teloneum*.

En el aspecto político los visigodos constituyeron el primer Estado de la historia de España, aunque sobre ello existe una polémica entre los tratadistas porque no hubo unidad jurídica hasta Recesvinto debido a la dualidad legislativa para hispanorromanos y visigodos, si bien a partir de este monarca desaparece tal discriminación y desde entonces existió ya a todos los efectos un Estado nacional hispano visigodo, cuyos elementos constitutivos fueron el Reino y el Rey, el primero formado por dos aspectos: el territorial (un espacio geográfico) y el personal (los súbditos); el segundo se plasmó en un jefe político de la comunidad, también vicario de Dios, que podía ser depuesto si no gobernaba bien, como antes

indicamos, de carácter electivo –varón, natural del reino, noble, apto físicamente para el ejercicio de las armas y católico a partir de Recaredo–, asistido por el Aula Regia –consejo que administraba el palacio real– y duques y condes que gobernaban las provincias, ayudándose de los concilios de Toledo en la labor legislativa.

En cuanto a la cultura visigoda, sobresale la gran figura de san Isidoro de Sevilla, que compila todo el saber –Teología, Liturgia, Historia, Literatura, etc.– en sus *Etimologías*, obra enciclopédica que consta de veinte libros divididos en cinco apartados. Comienza ordenando las ciencias en el *Trivium* –Gramática, Retórica y Dialéctica– y el *Quadrivium* –Aritmética, Geometría, Música y Astronomía–. Continúa con la Antropología de las razas, los animales y plantas. Su difusión debió de ser extraordinaria, ya que se escribieron unos diez mil manuscritos, de los que se conservan hoy día alrededor de mil. Fue autor también de tres obras históricas: *Chronicon*, *Historia Universal* e *Historia Gotorum*.

Los principales centros culturales, además de Sevilla, fueron Braga, Toledo y Zaragoza, encabezados por distintos personajes vinculados al estudio de las letras. En la primera localidad, San Martín Dumicense (s. VI), el Apóstol de los Suevos. En El Bierzo –la Tebaida española– actuaban monjes aislados como san Fructuoso o san Valerio, que contribuyeron al desarrollo de la vida monacal, adscribiéndose todos ellos al círculo de Braga. En Zaragoza, de gran importancia, trabajaron el obispo san Braulio y su sucesor Samuel Tajón.

En Toledo existió un precedente de las Escuelas Filosóficas Medievales, de las que surgirán las universidades, cuyo florecimiento tuvo lugar en tiempos del rey Sisebuto, destacando los trabajos de san Eugenio, san Ildefonso y san Julián.

El visigodo, un arte eminentemente rural

Hasta finales del siglo XIX el arte visigodo estaba prácticamente sin estudiar. Fue a partir de las investigaciones de Manuel Gómez Moreno cuando se clasifican las obras, que se consideran la primera muestra del arte prerrománico en la península ibérica, al que seguirán en los siglos IX y X los estilos asturiano o de la Reconquista y mozárabe o de la Repoblación.

A partir de los estudios de los arqueólogos Pedro Palol y Helmut Schlunk se ha puesto en entredicho su contenido germánico, que se reduce mayormente al arte mueble, mientras el resto de las actividades artísticas se consideran una evolución del arte paleocristiano. Schlunk, por su parte, afirma que el arte visigodo consiste en una evolución del romano unido a influencias norteafricanas.

En el arte visigodo se pueden distinguir dos etapas bien definidas. La primera desde su entrada en la Península hasta la conversión de Recaredo y la segunda desde este hecho hasta la conquista musulmana.

En el primer período, en el que existe una falta de unidad política y religiosa, llevan a cabo pequeñas construcciones de las que se conservan escasos vestigios en Cataluña, el sur de la Península y la meseta central.

En el siguiente, la principal actividad artística se da en la arquitectura, cuyos restos principales, salvo algunas excepciones en la sexta centuria, corresponden al siglo VII, época de plenitud del reino visigodo. Para san Isidoro:

Hay tres partes en la arquitectura: disposición, construcción y belleza. Disposición es la descripción del espacio o suelo y de los cimientos. Construcción es la edificación de paredes y altura [...]. Belleza es lo que se añade en los edificios para adornar y decorar, como los techos artesonados en oro, los revestimientos de mármol y las pinturas de colores.

Etimologías (h. 640)

Sus características fundamentales son:

- Piedras de sillería de buena calidad que se asientan a hueso, sin argamasa o con una capa muy fina, heredadas de la arquitectura romana.
- Muros muy anchos con escasez y angostura de vanos y ausencia de contrafuertes para apuntalarlos.
- Arco de herradura con peralte de un tercio del radio, menos cerrado que el que usarán los mozárabes.
- Abovedamiento en las cubiertas: de cañón, peraltada, de herradura, de arista.
- Preferencia por la planta cruciforme.
- Decoración escultórica, tanto en el exterior como, sobre todo, en el interior.

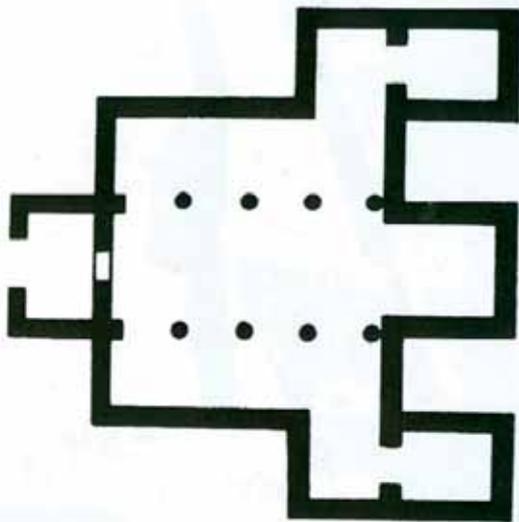


Iglesia de San Pedro de la Nave, en El Campillo (Zamora). Planta de cruz latina con transepto marcado al exterior. Obsérvense los sillares perfectamente escuadrados y el arco de herradura ligeramente peraltado en el pórtico de acceso.

Las principales iglesias, todas en el medio rural (excepto una que se indica), son:

- Santa Comba de Bande (Orense), que tiene planta de cruz griega, pórtico a la entrada y ábside cuadrado en la cabecera, así como cimborrio en el crucero sostenido por cuatro arcos de herradura y cubierto con bóveda de «espina de pez» o arista muy marcada.
- San Pedro de la Nave (El Campillo, Zamora), trasladada de lugar en 1932 para salvarla de las aguas del embalse de Ricobayo sobre el Esla. Tiene planta cruciforme dividida en tres naves y un transepto cuyos brazos se prolongan hacia el exterior formando dos pórticos laterales; en la cabecera un ábside rectangular extiende la nave central hacia oriente.
- San Juan de Baños de Cerrato (Palencia), con planta basilical de tres naves, la central más alta que las laterales, divididas por arcos de herradura sobre columnas romanas aprovechadas, pórtico cuadrado a los pies, al que se accede por arco de herradura decorado con una cruz griega tallada en la clave, transepto y tres ábsides también cuadrados en la cabecera. Fue edificada en 661 por el rey Recesvinto, según la inscripción latina sobre el arco triunfal: *Recesvinto me fecit*.
- San Fructuoso de Montelios (Portugal), que posee una planta de cruz griega inspirada en el Mausoleo de Gala Placidia en Rávena y se halla decorada en el exterior con las típicas fajas de origen lombardo.
- San Miguel, San Pedro y Santa María de Tarrasa. La primera de planta de cruz griega inscrita en un cuadrado (baptisterio). La segunda consta de

- tres naves. La tercera está construida en forma de cruz latina y posee un ábside con planta de herradura que aparece cuadrado en el exterior.
- San Pedro de la Mata (Toledo), muy destruida, era de planta cruciforme latina con cabecera rectangular.
 - Basílica de Cabeza del Griego (Cuenca), antiguo mausoleo del siglo V, con crucero y ábside de herradura, al que se añadieron tres naves en la centuria siguiente.
 - Cripta de San Antolín en la catedral de Palencia, también del siglo VI, que constituye la excepción como construcción urbana y era la *confessio* de un *martiryum* paleocristiano o la cripta de un pequeño templo que albergaba las reliquias de un mártir, del que se conservan dos arcos de herradura.
 - Santa María de Quintanilla de las Viñas (Burgos), que quedó inacabada debido a la invasión musulmana de la Península (711). Se conserva la cabecera, de planta cuadrada, además de un tramo recto que precede al arco triunfal del interior.



Planta de la iglesia de San Juan Baños de Cerrato (Palencia). Se observan sus tres naves y sus tres ábsides cuadrados en la cabecera, así como el pórtico también cuadrado a los pies del edificio.

La escultura, de menor importancia que la arquitectura, carece de obras de bulto redondo, se reduce principalmente a los relieves, entre los que destacan los capiteles prismáticos de la iglesia de San Pedro de la Nave: *Daniel en el foso de los leones* y *El sacrificio de Isaac*, figuras muy toscas y expresionistas, adaptadas a la forma triangular del marco, al contrario que en el arte románico donde primero se forma la escena y luego se enmarca el capitel. Aquí el artista intenta cincelar un motivo en principio dibujado en papel; el término *ubi* de la inscripción indica que además del dibujo existen unos textos que hacen de modelo, correspondientes a la Biblia visigótica –perseguida–, que empieza siempre con la palabra *ubi*. Por error al interpretar otro término, *lacum* por «laguna» en lugar de «foso», los leones aparecen bebiendo agua en la primera de ambas escenas, la de Daniel, en la que se representa al profeta en actitud orante, levantando los brazos al cielo, de influencia iconográfica paleocristiana, que también se manifiesta en el segundo episodio, el de Isaac, donde Dios Padre está simbolizado por la mano que sale de la nube (*Dextera Dei*). En los cimacios aparecen aves picoteando frutas entre roleos vegetales en los que se observan racimos de vid de clara alusión eucarística.

Hay que destacar, asimismo, los relieves en friso del exterior de la ermita de Quintanilla de las Viñas: temas geométricos, animalísticos y vegetales –la vid: Eucaristía–, así como la representación (hoy en el interior) de Cristo Salvador con doble aureola sosteniendo una cruz entre dos ángeles tenantes. Los personajes, de tremendo expresionismo, presentan, sobre todo en los cabellos, la influencia de los sogueados característicos de la tradición artística bárbara en las artes del metal. En otros relieves se observan figuraciones en las que aparecen dentro de medallones el sol y la luna, identificables con Cristo y la Iglesia.



Capitel de San Pedro de la Nave con el bajorrelieve de «Daniel en el foso de los leones» adaptado a la disposición prismática del espacio; la imagen del profeta, con los brazos alzados al cielo, se inspira en las orantes paleocristianas.

En el campo de la orfebrería los principales hallazgos son los tesoros de Torredonjimeno (Jaén) y Guarrazar (Toledo), que contiene la corona votiva del rey Recesvinto —con las letras de su nombre colgantes— y contuvo la de Suintila, desaparecida en 1921. Estas coronas, elaboradas en oro y bronce, donadas por los reyes el día de su coronación, se colgaban, como ofrendas que eran, en los altares de las iglesias. Se realizaron también numerosos broches, fíbulas, hebillas de cinturones, cruces pectorales, brazaletes, anillos, pendientes... siguiendo la tradición bárbara.

Antes que la calidad, los visigodos buscaban la apariencia, por lo que en lugar de piedras preciosas empleaban a veces vidrios o metales coloreados que daban la impresión de una riqueza inexistente.

ORA ET LABORA

San Benito de Nursia (480-547) fue el creador de la vida monástica en occidente. A partir de la reforma eclesiástica promovida por Ludovico Pío (814-840), hijo y sucesor del emperador Carlomagno, la regla benedictina –*ora et labora*: «reza y trabaja», que consta de un prólogo y setenta y tres breves capítulos regulando el día a día en los conventos– fue obligatoria para cualquier congregación religiosa que quisiera desarrollar la vida monástica. Los monjes hacían votos de pobreza, obediencia, castidad y reclusión en su monasterio, dando, con ello, las «espaldas al mundo».

El monacato fue un fenómeno que partió de la Tebaida (Egipto) y pasó primeramente a la Panonia y luego a toda la Europa altomedieval, donde se propagó la primera Regla de vida en común en torno a Monte Casino (Italia).

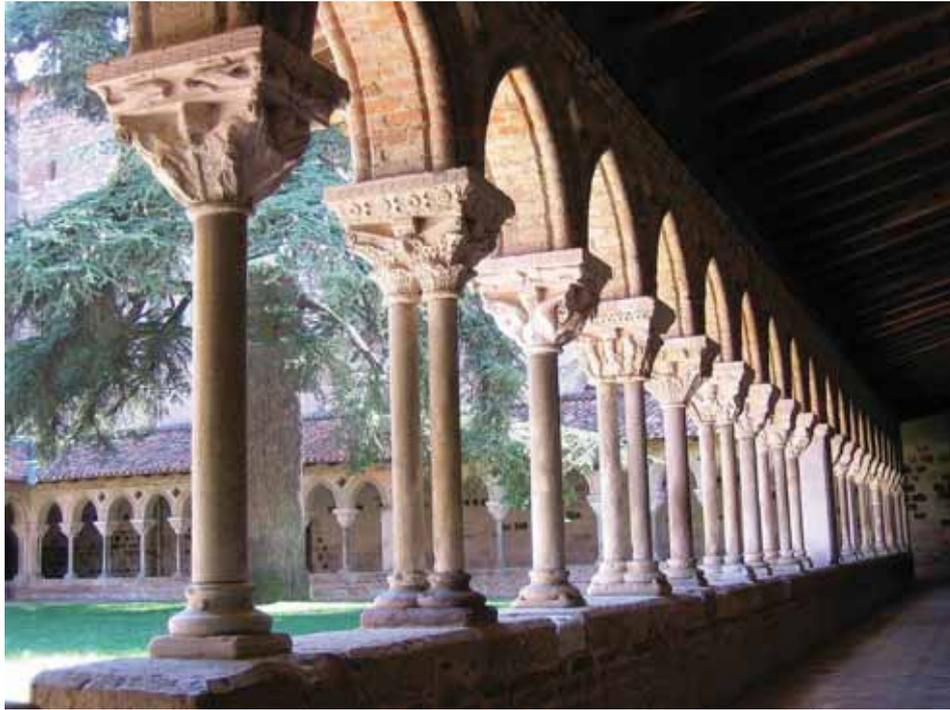
Los monasterios se levantaron alejados del bullicio urbano –a veces, en lugares escarpados, como San Martín del Canigó, en Casteil, Francia–, buscando el sosiego y la contemplación de la naturaleza, obra del Creador, que acercaba a Dios tanto en el estudio del mundo vegetal como en el de los animales salvajes, quienes ofrecían al ser humano, según san Efrén, un modelo de libertad en su soledad.

Los animales, tanto domésticos como silvestres, se convirtieron en un ejemplo a imitar para la vida monástica: el onagro es como el monje, que huye del bullicio populachero; la gallina que cuida de sus polluelos es como el abad que cuida de sus monjes; la hormiga previsora debe ser imitada por los frailes, así como el león en su fortaleza e incluso un animal malvado como la serpiente (símbolo del diablo) también sirve de ejemplo por su prudencia; el pelícano es modelo de vida solitaria, el águila en su vuelo

alto es como la contemplación del monje. Y, por supuesto, la tórtola solitaria como la soledad del fraile; la paloma es símbolo por antonomasia de la pureza y la fidelidad, pues retornó al arca de Noé como el monje debe hacerlo al claustro. Los rebaños y las colmenas de abejas expresarán la vinculación entre los frailes del convento, quienes, en referencia a los animales acuáticos, pueden morir si salen del convento como lo hace el pez fuera del agua, por lo que únicamente deben extrañarse (alejarse) quienes van a ejercer la predicación, como hicieron los Apóstoles, que fueron pescadores de hombres.

El recinto monacal constaba de diversas dependencias: iglesia, sala capitular, biblioteca, scriptorium, refectorio, cocina, jardines y claustros, además de otros espacios como las caballerizas y la hospedería. El refectorio, además de ser el recinto donde se alimentaban los monjes, constituía un lugar de meditación mientras se escuchaba la lectura diaria durante la comida; por eso, la regla de san Benito decía: «Guárdese en la mesa un silencio tan absoluto que no se oiga hablar ni musitar a ninguno, sino sólo al que lee». El refectorio era, por asimilación, equiparable al lugar donde cenó Cristo con sus discípulos e instituyó la eucaristía antes de su crucifixión.

El claustro, tanto el de la Portería como el de las Procesiones, con sus fuentes, era otro de los lugares más importantes del complejo monacal, ya que en sus relieves y capiteles ofrecía un mensaje simbólico a los frailes que paseaban por sus alas. Era un recinto cerrado con un centro (pozo, fuente o árbol) configurado como una ciudad sagrada, que aludía a la Jerusalén Celestial que describe el Apocalipsis (Ap 21), relacionable con el Templo de Salomón donde se reunieron los discípulos de Cristo después de la ascensión para hacer vida en común, por lo que se extendió la idea de que en ese recinto tuvieron su origen los claustros monacales. Para san Bernardo:



El claustro era uno de los lugares más importantes del recinto monacal, donde se desarrollaba gran parte de la vida en común: *Vere claustrum est paradisus*, decía san Bernardo. Monasterio de Moissac, Francia (s. XII).

Vere claustrum est paradisus, «Verdaderamente, el claustro es un paraíso».

La iglesia monacal representa el espacio en la tierra que anticipa el paraíso en el cielo, como decía san Agustín en la Ciudad de Dios. Para san Jerónimo, la celda del monje es el verdadero paraíso, pues en ella puede recoger los frutos de la Biblia a través de la lectura.

En general, el monasterio se tuvo por una «casa» de contenido no sólo material que cubría las necesidades vitales y espirituales tanto de los monjes como de todos los fieles, sino que su simbolismo se extendió a la «casa» del cielo en la tierra.

Simbolismos aparte, los monasterios fueron centros autosuficientes en un mundo lleno de miseria y calamidades.

Siglos de donaciones y entregas de bienes terminaron produciendo un efecto adverso en la ideología monástica, puesto que la gran acumulación de riqueza condujo a la relajación del voto de pobreza y, tanto en el siglo XI primero como en la centuria siguiente después, las sucesivas reformas de Cluny –los monjes negros, llamados así por el hábito de ese color– y Citeaux –donde volvieron al blanco de los primeros tiempos– tuvieron que velar por la pureza de la vida monástica. No obstante, tal abundancia económica había tenido como consecuencia positiva el desarrollo de una gran actividad artística que se plasmó en la promoción del rico arte románico, sin la cual no hubiera existido.

2

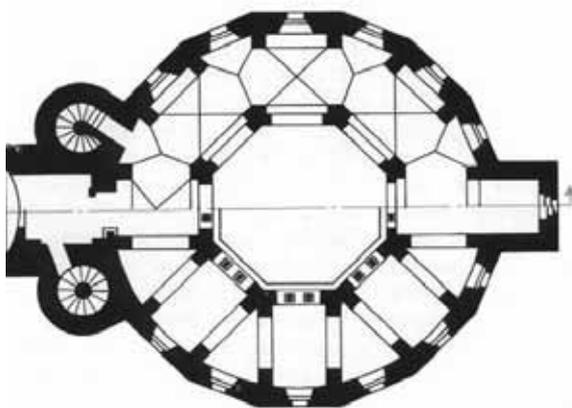
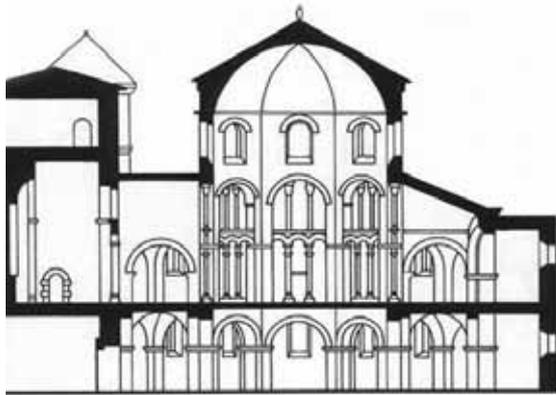
Las artes prerrománicas en la Europa feudal (ss. IX-X)

LA NAVIDAD DEL AÑO 800

Ya habíamos visto cómo Pipino el Breve, tras deponer a Childerico III, último rey merovingio, instauró la dinastía carolingia, cuyo monarca emblemático será uno de sus hijos, Carlos, que pasará a la historia con el nombre de Carlomagno debido a la gran importancia que adquirió el Imperio franco durante su reinado (768-814). En la Nochebuena del año 800 fue coronado en Roma por el papa León III como emperador n.º 68 desde Augusto, restaurando así la tradición cristiana y la cultura romana al presentarse como heredero de los césares, por lo que a esta época se la ha denominado, más que Renacimiento carolingio, *Renovatio o Recuperatio imperii Romanorum*, «Restauración del Imperio romano», siendo el modelo a imitar Constantino el Grande, primer emperador romano que toleró el cristianismo.



Interior de la Capilla Palatina de Aquisgrán, obra insignia del arte carolingio, cuya planta es un octógono de dos pisos rodeado por un polígono de dieciséis lados. Tanto la estructura como la cúpula se inspiran en la iglesia bizantina de San Vital de Rávena.



Sección y planta al nivel de las tribunas de la capilla palatina de Aquisgrán, finalizada en el año 805.

3

La reforma monástica y el prerrománico hispano

CLUNY: REFORMARSE O MORIR

La regla benedictina no fue siempre interpretada ni cumplida con el mismo rigor en todas las congregaciones monásticas, debido a que cada monasterio tenía sus *consuetudines* o costumbres propias para regular aquellos aspectos que no hubieran quedado claros o no se hubieran previsto en la norma de san Benito.

Entre las reformas monásticas la que tuvo más éxito fue la de la abadía de Cluny, fundada en honor a san Pedro y san Pablo hacia el año 910 por Guillermo el Piadoso, duque de Aquitania, quien estableció las tareas diarias que debían cumplir los monjes con la mayor abnegación y entrega, entre ellas, la caridad con los pobres, los necesitados y los peregrinos. La prosperidad del monasterio creció durante los siglos X y XI hasta que, después del fallecimiento del abad Pedro el Venerable (1122-1156),

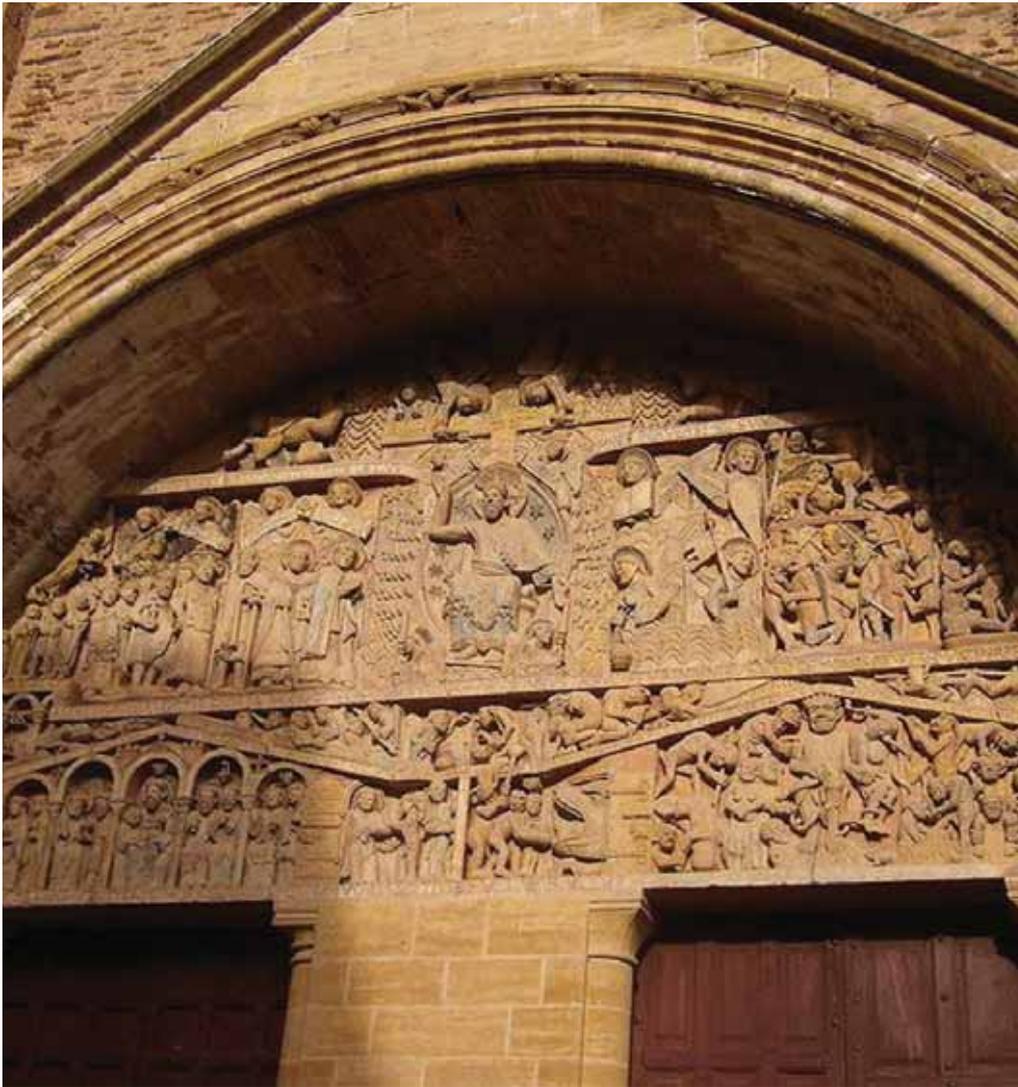
4

El Románico y su razón de ser

EL MUNDO DESPUÉS DEL SIGLO DE HIERRO

La enorme influencia que el poder religioso mantuvo sobre los fieles –que es tanto como decir sobre la sociedad en general–, particularmente después de las fallidas profecías apocalípticas del año 1000 y del milenario de la muerte de Cristo, o sea 1033, estimuló en el pueblo un sentimiento tanto de acción de gracias como de ofrenda para rogar por el cese de las continuas calamidades que se cernían por doquier, multiplicando así el entusiasmo por lo religioso.

En este sentido se inscribe no sólo la fiebre constructiva que se fue extendiendo por prácticamente toda Europa tras superar el terrible siglo X, conocido por la dureza de los tiempos como el «siglo de hierro», sino también un desmesurado culto a todo lo que tuviera que ver con el cristianismo heroico y resistente, como las vidas



Modelo de portada: enmarcada por arquivoltas, dividida por un parteluz sobre el que corre el friso y, encima, tímpano semicircular que presenta la escena: «Cristo encargando a los apóstoles la evangelización». La Magdalena de Vézelay (Francia).

de arcos de medio punto concéntricos o arquivoltas, puede estar dividida verticalmente por una columna denominada mainel o parteluz (parte la luz del exterior), que suele llevar adosada una imagen o bien escenas en relieve; encima puede haber un dintel o friso, en cuyo caso existe también un espacio superior semicircular que recibe el nombre de tímpano, destinados ambos a recibir

5

El Románico echa a andar (s. XI)

LOS HUMILDES INICIOS DEL ARTE ROMÁNICO

En el desarrollo del arte románico se pueden establecer tres grandes períodos:

1. Primer románico, que llega hasta 1088, fecha del inicio de Cluny III o tercera iglesia del célebre monasterio borgoñón.
2. Románico pleno, desde fines del siglo XI hasta mediados del XII, con sus múltiples variantes nacionales y regionales.
3. Románico de transición o tardorrománico, desde esa fecha hasta principios del XIII, conviviendo con los inicios del arte gótico.

El primer románico, expresión creada por el historiador catalán Puig i Cadafalch, tuvo su inicio en la



Página miniada de la Biblia del monasterio de Ripoll, obra del copista Guifred, cuya estética sigue modelos carolingios. Biblioteca Apostólica Vaticana, Roma.

San Vicente de Cardona (1040), de planta basilical y transepto poco marcado, cubre el crucero con una bóveda sobre trompas y en el exterior presenta la característica decoración lombarda. En esa misma fecha se consagra la catedral de Seo de Urgel, en Lérida, aunque no se terminará hasta más de un siglo después (1175), si bien su tosco claustro es del siglo XI.

6

Como una llama el Románico se propaga por Europa (fin. s. XI-1/2 s. XII)

FRANCIA, ITALIA, INGLATERRA...
TODAS TIENEN PRISA

El románico lombardo se fue extendiendo a lo largo del siglo XI por el sur y este de Francia, donde surgieron las «iglesias de peregrinación» en las rutas que conducen a la tumba del apóstol Santiago: San Saturnino de Toulouse, Santa Fe de Conques, San Martín de Tours y San Marcial de Limoges, completándose el ciclo en la catedral compostelana. Estos templos se caracterizan por la prolongación de las naves laterales en el crucero y en el ábside (girola) con el fin de abrir nuevas capillas para atender al gran número de visitantes.

En el año 990, el monje Guillermo de Volpiano llega a Dijon para restablecer la regla benedictina en el antiguo monasterio de San Benigno, de tradición carolingia. En 1016 estaba consagrado el nuevo templo, cuya



Fachada occidental de la catedral de Módena (h. 1100). La galería corrida de arcos triples y el remate triangular a modo de frontón reflejan la influencia clásica, así como la tribuna sobre el arco que enmarca el pórtico, apeado en columnas que descansan sobre leones erguidos.

Zenón de Verona y en las galerías de arcos ciegos sobre las fachadas de las catedrales de Parma y Módena (ambas h. 1100) –que se propagarán por tierras renanas–, rematadas a modo de frontón triangular por influencia clásica.

En la Toscana pervive el clasicismo en sus policromados edificios de armoniosas proporciones, como San



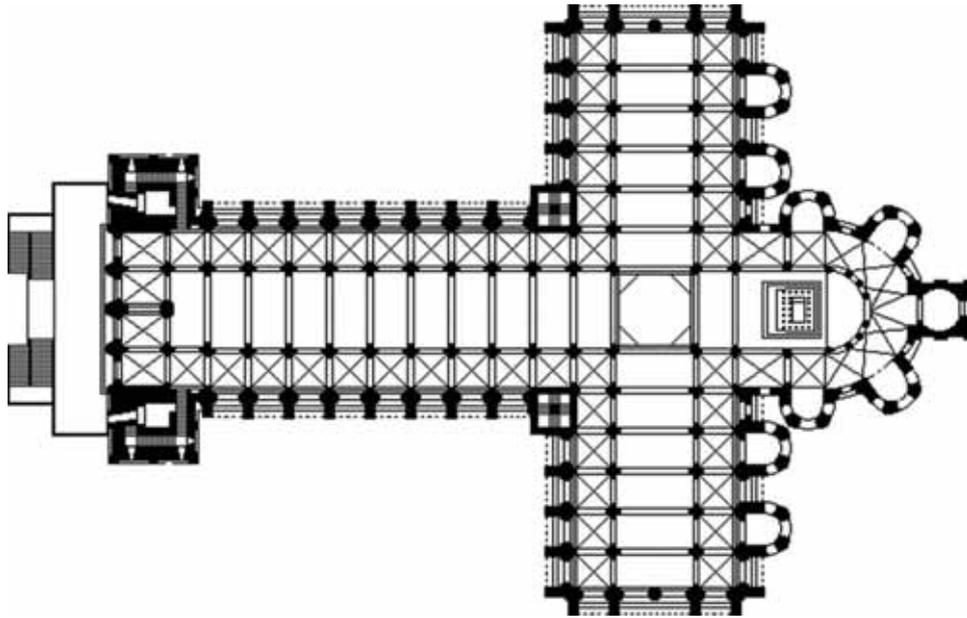
Catedral de Norwich (iniciada en 1096) desde el ángulo suroeste. Destaca la gran flecha del siglo xv construida sobre la torre que se eleva en el crucero, así como las hileras de arcos ciegos superpuestos y los ventanales que preludian el gótico.

7

La expansión por España a través de la ruta jacobea

LA RUTA JACOBEA

Movidos ante todo por el culto a las reliquias, los peregrinos, cuya denominación procede, como ya hemos dicho, del término latino *per agrum*, aludiendo a que realizaban su trayecto a través del campo, formaron auténticas oleadas de gentes que se dirigieron durante la Edad Media a cada uno de los tres centros principales de peregrinación: Jerusalén, la Ciudad Santa, a donde acudían los «palmeros» y en la que fue martirizado Cristo, cuna de las reliquias mayores; Roma, a donde se dirigían los «romeros», lugar en el que sufrieron el martirio san Pedro y san Pablo, así como numerosos creyentes en las feroces persecuciones del Imperio romano durante la expansión del cristianismo; y Santiago de Compostela, donde fue descubierto por Teodomiro, obispo de *Iria Flavia* (hoy Padrón), corriendo el año



Planta de la catedral de Santiago de Compostela. Cruz latina con tres naves que se prolongan en el crucero y cabecera con girola en la que se abren cinco capillas radiales.

También en el arte de la iluminación de manuscritos tiene una gran importancia el *Libro de los Testamentos* de la catedral de Oviedo, encargado por el obispo Pelayo hacia 1110, una de las joyas de la miniatura románica española, relacionable estilísticamente con la pintura leonesa, cuya iconografía se asemeja al *Arca Santa* que se guarda en la Cámara Santa de dicha catedral, pieza excepcional, toda de plata, adornada con escenas relativas a la Pasión y Glorificación de Jesucristo, realizada por orden de Alfonso VI para sustituir otra arqueta de época astur en madera de cedro que había sido traída, según la leyenda, desde Jerusalén a Toledo y desde aquí a Oviedo, huyendo de las profanaciones.

En 1075, reinando dicho monarca, se inició la construcción de la Catedral de Santiago sobre la iglesia que a comienzos del siglo IX había levantado Alfonso II cuando al observarse unas «luces misteriosas» se corrió la voz de

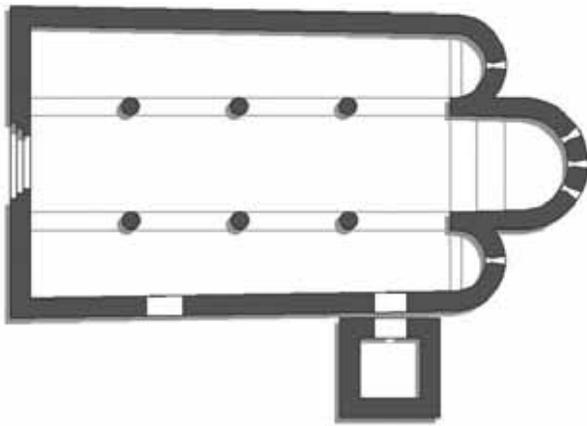
8

El Románico pleno peninsular durante el siglo XII

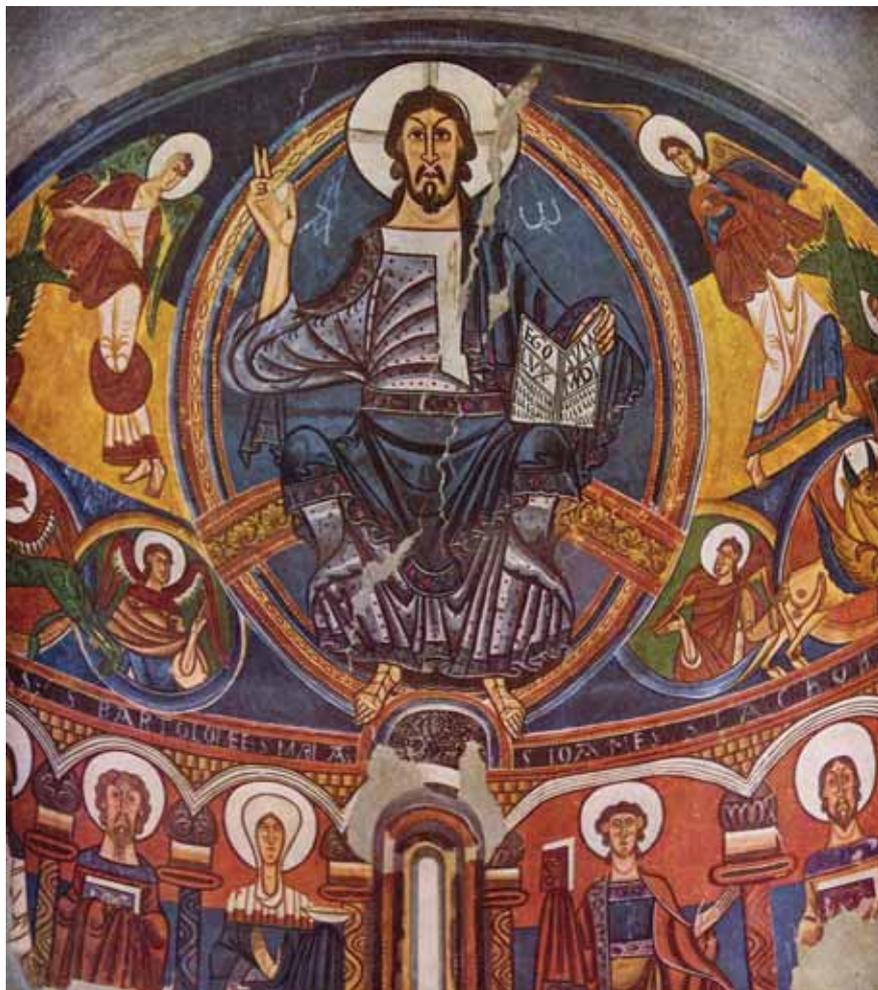
LAS ÓRDENES MILITARES HACEN SU AGOSTO EN ESPAÑA

La aparición de las órdenes militares en España, aunque se halla relacionada con el surgimiento de este fenómeno en toda la cristiandad a raíz de las cruzadas, posee un hecho diferenciador debido a la Reconquista, nuestra particular cruzada para recuperar el territorio patrio invadido por los infieles.

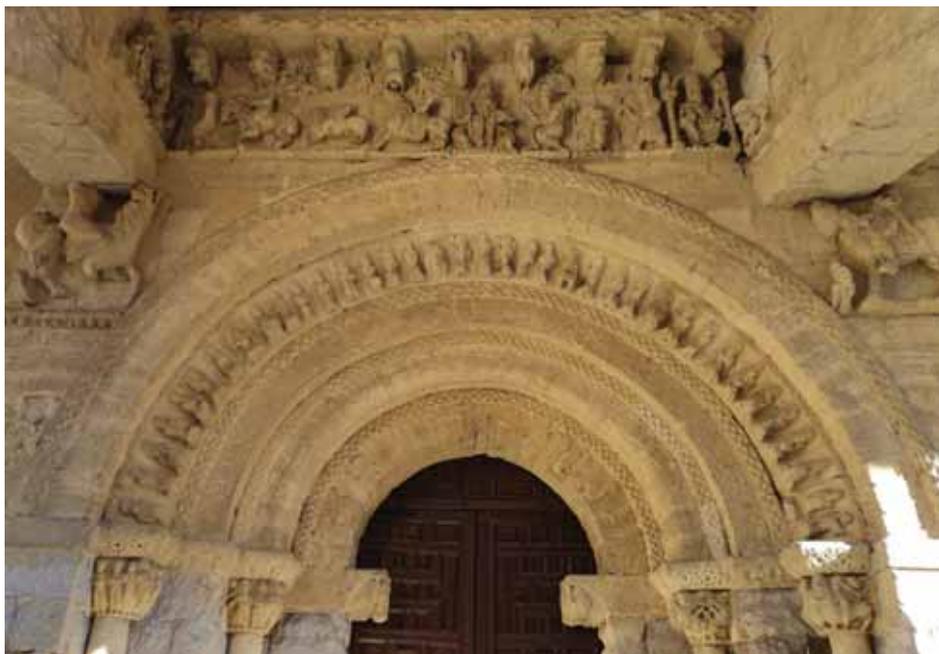
Así mismo, tuvieron un importante papel en la repoblación de extensas zonas en los valles del Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir, donde recibieron grandes extensiones de terreno que les proporcionaron un gran poder político y económico. Para atraer pobladores concedieron fueros a las villas de su jurisdicción, que les otorgaban beneficios especiales, en general de tipo fiscal, como las exenciones de impuestos por nupcialidad.



Planta de la iglesia de San Clemente de Tahull (Lérida), consagrada en 1123. Consta de tres naves y tres ábsides en la cabecera, sin transepto, y una torre campanario cuadrada exenta en el costado sur.



Maiestas Domini, también llamado Pantocrátor, de San Clemente de Tahull. Cristo en su mandorla sentado sobre el arco iris, bendiciendo con la mano derecha y mostrando el Libro de la Vida en la izquierda. Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona.



Carrión de los Condes (Palencia). Arriba, detalle del friso del apostolado de la iglesia de El Salvador: idealizado al estilo clásico, la figura de Cristo en Majestad rodeado del tetramorfos abandona la rigidez hierática del románico. Abajo, portada de la iglesia de Santa María de la Victoria: el friso de la Epifanía corona las arquivoltas ajedrezadas. Fotos del autor



Claustro al aire libre de la iglesia de San Juan de Duero (Soria), cuyos arcos entrelazados son un ejemplo de la influencia árabe en la Península y constituyen por su diseño en el ala sudeste un caso excepcional en el arte románico.

En Ávila destacan las iglesias de San Andrés, San Pedro y, sobre todo, la basílica de San Vicente. La primera, atribuida a canteros procedentes de León, consta de tres naves sin transepto y tres ábsides de los que sobresale notoriamente el central, al igual que su alta y austera torre campanario. Los capiteles de las portadas sur y oeste muestran figuras del bestiario fantástico (sirenas, grifos) y real (leones).

La iglesia de San Pedro tiene planta de cruz latina dividida en tres naves con tres ábsides escalonados en la cabecera –terminada ya a fines del siglo XII–, crucero y cimborrio sobre el mismo cubierto con bóveda octogonal. En el exterior lo más reseñable es su portada norte, formada por cinco arquivoltas decoradas con rosetas, zigzagueados y puntas de diamante. En la occidental se abre ya un rosetón gótico.

9

La época del Tardorrománico, con solución de continuidad (fin. s. XII-ppios. s. XIII)

AUGE Y FRACASO DE LOS CRUZADOS

Motivada por la caída de Jerusalén en 1187 en poder del sultán Salah al-Din (Saladino), se organizó la III cruzada, en la que participaron tres grandes ejércitos dirigidos por otros tantos monarcas:

- Federico Barbarroja de Alemania
- Felipe Augusto de Francia
- Ricardo Corazón de León de Inglaterra

Sin embargo, las rivalidades personales que se desataron entre ellos condujeron al fracaso de la expedición. Barbarroja murió ahogado en el río Selef, sucediéndole en el mando Leopoldo de Austria, que terminó regresando a Europa con Felipe Augusto de Francia dejando solo a



La península ibérica en el statu quo instaurado a principios del siglo XII.

VÍA LIBRE A LA RECONQUISTA FINAL

El avance cristiano hacia el sur, que parecía imparable, fue frenado bruscamente por otra poderosa tribu africana que vino en auxilio de sus hermanos musulmanes: los almohades, cuyo ímpetu militar hizo sufrir una gran derrota a Alfonso VIII en la batalla de Alarcos, corriendo el año 1195.

Ante el peligro mahometano que se cernía sobre la península ibérica, el cual podía luego extenderse a otras partes de Europa, el papa Urbano II, que había predicado la primera Cruzada a Tierra Santa, intervino en la



Fachada de la iglesia de Santo Domingo de Soria, inspirada en Nôtre Dame de Poitiers. El gran rosetón que la corona prelude ya el gótico. En las arquivoltas y el tímpano de la portada se despliega la decoración como una auténtica «Biblia en piedra».

San Pedro de la Rúa (Estella), presenta unos capiteles de menor calidad que los de la primera etapa; recogen el ciclo de la Natividad: Anunciación, Visitación, sueño de José, Nacimiento con partera, el Niño en la cuna, Anuncio a los pastores y Huida a Egipto. De esta época son también los relieves de la Anunciación –relacionado con el maestro Mateo– y del Árbol de Jesé, así como un cuádruple capitel sobre cuatro fustes retorcidos dedicado al ciclo de la Semana Santa: Entrada en Jerusalén, Cena y Lavatorio. El resto vuelven al bestiario real (leones) y fantástico (sirenas pájaro, arpías, grifos). La tendencia compositiva es al alto relieve con los bustos casi en bulto redondo.

10

Románico civil y militar

PUENTES, HOSPITALES, CALZADAS... TODO PARA EL PEREGRINO

La arquitectura civil estuvo asociada a la peregrinación. Doña Mayor, viuda de Sancho de Navarra, a mediados del siglo XI, mandó construir para el tránsito de peregrinos sobre el río Arga, donde confluían las dos vías del Camino de Santiago francés que entraban en España por Roncesvalles y Somport (*Summus Portus*), también llamado Aspe en honor a la cumbre más elevada, un puente de cinco ojos que cuenta con un tramo de ascenso y otro de bajada, así como respiraderos en forma de arco de medio punto para el caso de crecida de las aguas. En honor a ella, el que primero se llamó *Ponte de Arga* o *Ponte Regina* sigue conociéndose como Puente la Reina, aunque también se atribuye a su nuera doña Estefanía, habiéndose fraguado la idea, probablemente, entre las dos.

No falta la leyenda. En este caso, se habla de un pajarito que de vez en cuando mojaba sus alas en el río para



Vista panorámica de la línea amurallada de Ávila, construida a fines del siglo XI. Sus ochenta y ocho cubos semicirculares, rematados en almenas, se suceden cada veinte metros, habiendo llegado hasta hoy en perfecto estado de conservación.

El recinto data del reinado de Alfonso III, siendo reconstruido y ampliado en 1061 al otorgar Fernando I un Fuero a la ciudad. Contaba con los veintiséis cubos que dice el Romancero, ocho puertas y varios portillos auxiliares, como el de la Traición, por el cual el portugués Vellido se introdujo en la ciudad después del regicidio. La antigua puerta de Doña Urraca, de la Reina o de Zambranos, hoy muy reformada entre sus dos cubos, daba al que fue su palacio, ya desaparecido.

Después de la conquista de Toledo, Alfonso VI mandó repoblar Ávila y poco más tarde, hacia 1090, encargó a su yerno, el conde don Raimundo de Borgoña, casado con su hija doña Urraca, la fortificación de la ciudad con la muralla defensiva que se mantiene hoy

Anexo

La iconografía románica

ESCENAS RELIGIOSAS

La iconografía religiosa fue la que tuvo una representación mayor en el arte Románico. Comprende las escenas referidas a Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo), la Virgen, los santos y los ángeles, además de las representaciones de Lucifer. Las más abundantes son las que corresponden a Jesucristo, desde su Nacimiento hasta su Pasión, Muerte y Ascensión a los cielos.

Teofanías o representaciones de Dios

Por teofanías (del griego *theo* 'dios' y *phaino* 'representación') se entienden las apariciones o manifestaciones de la divinidad de Dios a los seres humanos, como vamos a ver a continuación tanto individual (Padre, Hijo y Espíritu Santo) como conjuntamente (la Trinidad).



El *agnus Dei* o Cordero de Dios «que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29), con nimbo crucífero sosteniendo la cruz (futuro sacrificio) en una de sus patas. En la imagen, acompañado de ángeles turiferarios. Portada sur de Santa María del Azogue (Benavente). Foto del autor

la retórica (y la poesía) y la dialéctica, que formaban el *trivium* y la aritmética, la geometría, la astronomía y la música que formaban el *quadrivium*. Siempre aparecía rodeado de resplandor y se asociaba con la idea de la Luz, las Siete Lámparas o los Siete Ojos, que corresponden a los Siete Dones del Espíritu Santo: sabiduría, inteligencia, consejo, ciencia, fortaleza, edad y temor de Dios.

Y, por último, en cuanto a las teofanías podemos encontrar a la *Trinitas Paterna* o Santísima Trinidad que se representa con el Padre en el trono sosteniendo al Hijo, rodeados por la mandorla mística, ambos bendiciendo, con la paloma del Espíritu Santo coronando el grupo. La

Glosario

Ábaco: parte superior del capitel, superpuesto al equino, donde apoya el entablamento.

Abocinado: vano cuya anchura aumenta o disminuye hacia el interior o el exterior de un muro.

Abovedar: cubrir con bóveda una construcción.

Ábside: zona sobresaliente en la planta de una iglesia que suele corresponder a la cabecera, aunque existen excepciones en las que se construye también a los pies del edificio e incluso en un lateral del templo. Generalmente abovedados, presentan diversas estructuras: semicirculares, cuadrados, poligonales, en forma de herradura...

Absidiola o *absidiolo*: ábside pequeño adosado al principal.

Adarve: camino protegido por un parapeto en lo alto de una muralla o fortificación.

Adintelado: vano o edificio construido a base de dinteles.

Afrontado: figura o elemento dispuesto frente a frente o contrapuesto.

Bibliografía

- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, M.^a Soledad; RODRÍGUEZ MONTAÑÉS, José Manuel; BOTO VARELA, Gerardo, et al. *El mensaje simbólico del imaginario románico*. Palencia: Fundación Santa María la Real-Centro de Estudios del Románico, 2007.
- BANGO TORVISO, Isidro. *Alta Edad Media. De la tradición hispanogoda al románico*. Madrid: Sílex ediciones, 1992.
- BARRAL I ALTET, Xavier. *La Alta Edad Media. De la Antigüedad tardía al año mil*. Madrid: Taschen España, 2005.
- CASTELFRANCHI VEGAS, Liana. *Esplendor oculto de la Edad Media. (Artes menores: una historia paralela. Siglos V-XIV)*. Barcelona: Lunwerg Editores, 2005.
- COBREROS, Jaime. *Guía del románico en España*. Madrid: Anaya, 2005.